

## Novelas de emoción y misterio

con preciosas fotografías de las películas

Forman tomos de 120 a 180 páginas de tamaño 25 por 17 centímetros y contienen el argumento completo.

### VOLÚMENES PUBLICADOS

Las dos niñas de Paris . . . . .	2	ptas.
Judex . . . . .	2	>
La nueva misión de Judex . . . . .	2	>
La huérfanita . . . . .	2	>
Barrabás . . . . .	2	>
El hijo de la parroquia . . . . .	1'50	>
Parissette . . . . .	2	>
El hombre de las tres caras. . . . .	2	>
Por la puerta de servicio . . . . .	2	>
La amordazada . . . . .	2	>
Pimentilla . . . . .	2	>
El hijo del pirata . . . . .	2	>
El milagro . . . . .	1'50	>
El capitán Kidd. . . . .	2	>
Los parias del amor . . . . .	2	>
Esposas frívolas. . . . .	2	>
La dueña del mundo . . . . .	2	>
La tragedia del correo de Lyon . . . . .	2	>
Ricardo Corazón de León . . . . .	1'50	>

Estas novelas se hallan en venta en las buenas librerías, quioscos y en casa de los corresponsales de EL HOGAR Y LA MODA. Si no las encuentra en su localidad, las recibirá a vuelta de correo remitiendo por giro postal o en sellos correo, el importe de las que desee a los editores.

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES S. A.

Diputación, 211  
BARCELONA

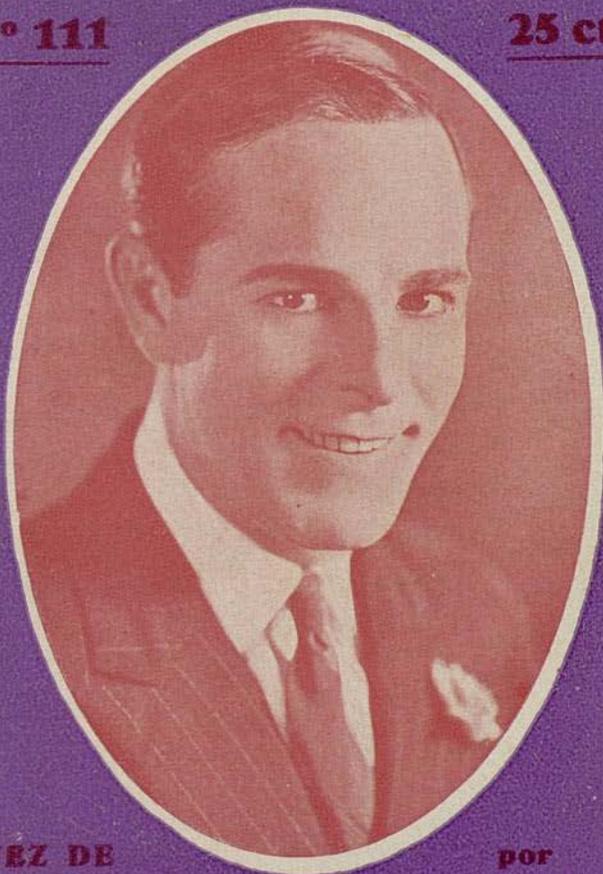
Valverde, 21, dup.  
MADRID

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETS, 16.—TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 111

25 cts.



**JUEZ DE  
SÍ MISMO**

por  
**Antonio Moreno**  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

Redacción { Gran Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 111

---

---

# Juez de sí mismo

Producción cinematográfica de excepcional interés  
por **GEORGE CAMERON**

---

Interpretada por los simpáticos artistas  
**ANTONIO MORENO y BETTY FRANCISCO**

---

Marca **VITAGRAPH**

---

Concesionaria para Cataluña, Aragón y Baleares  
Selección **ORIM** :: Cinematográfica **MIRÓ**  
Plaza Letamendí, 10 - Barcelona

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**KATHERINE MAC-DONALD**

---

Argumento de la película de dicho título

---

---

La acción se desarrolla en el Indostán misterioso que surcan las aguas del sagrado Gan.

ges y bajo cuyo cielo se cobija el poder sobrenatural de los Fakires.

Gilberto Thurstan, un empleado del servicio público indio, siguiendo el escalafón de la carrera administrativa, había sido trasladado a la India poco tiempo después de haberse casado, en Inglaterra, con su querida mujercita Emilia.

El destino que se le ofrecía era más brillante que el que disfrutaba en la metrópoli, y con vistas a vivir con más holganza, el día de mañana, fué por lo que aceptó ausentarse por algunos meses de su dulce compañera.

Desde que llegara a la India, Gilberto no tuvo otra preocupación que la de economizar el importe del pasaje de su esposa, y algo más para llamarla cuanto antes a su lado.

Al fin le fué dable llevar a cabo su único deseo, y la llegada de Emilia a las lejanas tierras causó la alegría que se supone al enamorado esposo.

El recibo que la dispensó no pudo ser más entusiasta, y el mundo entero era desde aquellos momentos, insuficiente para contener toda la dicha que ellos iban a gozar.

—No tendremos grandes comodidades aquí, querida mía, pero estamos en casa... ¡en nuestra casa!—la dijo Gilberto acompañándola al hogar que con ternura él preparara con afán.

Emilia acarició con el alma de sus ojos al amado, y musitó entregándose a la ansiada presión de sus brazos:

—Con tenerte a tí, Gilberto, ya hay bastante para mi felicidad.

—¡Si supieras con cuanta fe he esperado es-

te momento! En Inglaterra, mis escasos medios de vida no nos permitían el «orgullo» de poseer un nido edificado por nuestro propio esfuerzo, y aquí, aunque en condiciones menos favorables en cuanto a clima y costumbres, seremos propietarios del retiro cálido y perfumado donde se deslizarán nuestras existencias. ¿Estás contenta?

—¡Loca de alegría, Gilberto!

—Ya verás como no añorarás tu Londres en este país...

—Disgustada estaba en él sin tu compañía. Yo sólo quiero hacerte feliz, muy feliz, Gilberto. ¡Has sido siempre tan atento, tan bueno con tu mujercita!

—¿Acaso no lo mereces tú todo? ¡Ah, si mis aspiraciones a ocupar un alto cargo se realizaran!

—No te preocupes, amor mío. Yo no soy ambiciosa más que de tu absoluta voluntad.

—Esa es tuya desde el primer encuentro que tuvimos. ¿Recuerdas?...

—Recuerdo...

La remembranza de aquellos inolvidables momentos los enmudeció...

Sólo hablaban los ojos amantes...

¶ El rodeó el frágil talle... la atrajo a sí implorante y sus pasos lentos y firmes, se encaminaron al santuario bendito que el amor, sincero y constante, edificara con su corazón...

En Kajra, un pueblo aislado en el distrito de tierras bajas, temido por insalubre, donde se aspiraban los gérmenes de la fiebre mortal, residía como magistrado, Jaime Williams, y su salud, precaria en extremo, producía los ma-

yores temores al Inspector de aquel distrito, Gerardo Roberts.

Tanto era así, que éste, apiadado del empleado, le dijo cierto día:

—La fiebre acabará con usted, Williams, si antes no se marcha de este infierno. Voy a pedir su relevo al jefe.

—Hagan ya de mí lo que ustedes quieran— contestó el enfermo sin ánimo para nada.

—¿Qué lee usted aquí? ¿La Biblia?

Y Gerardo leyó en la página abierta del libro los siguientes versículos:

*Job 6—11—11 ¿Cuál es mi fuerza que debe esperar y cuál es mi término que deba prolongar mi vida?*

*Jer 14—3—23—25=12 ¿Es mi fuerza la fuerza de las fieras? ¿O es mi carne de bronce?*

—Hay otros capítulos con más placentera lectura—le manifestó al pobre hombre.

Y éste, abatido, sólo supo responder:

—Ese libro es el único consuelo que aquí tiene mi espíritu.

Y cuando Roberts volvió a la oficina central, no olvidó la promesa hecha al magistrado de Kajra.

—Señor, la fiebre contagió a Williams—informó a Vicente Chalmers, Comisario general del servicio público indio, rico y soltero—. Ese hombre no verá el final del verano si no se le releva a tiempo.

Chalmers, acogiendo la noticia con desinterés, contestó secamente, algo molesto:

—Meditaré sobre el caso. Venga más tarde a recibir órdenes.

Emilia, en su modesto hogar, preparaba una

amorosa sorpresa, en la que ponía esmero y fe, sentidos y alma.

Se trataba de festejar el vigésimo quinto cumpleaños de Gilberto.

Después de confeccionar un suculento pastel de cuyo seno surgirían, en el momento oportuno, tantas pequeñas bugias encendidas como años tenía el homenajeado, Emilia salió de su casita y se trasladó a la tienda de quincallería del lugar para comprarle a su maridito un presente, un anillo con una piedra de color en el centro.

Chalmers se ausentó de la oficina casi al mismo tiempo que lo hiciera Emilia de su hogar, y, antes de salir, dijo a su secretario:

—Me marcho porque tengo hoy convidados en casa. Diga al Inspector Roberts que en Kajra no habrá cambio de personal.

Y, casualmente, como Emilia, Chalmers dirigióse a la mentada tienda de quincallería.

También entre los humanos hay arañas que tejen sus telas, invisibles de puro tenues, para aprisionar a los incautos en insospechados rincones de la vida.

Y Chalmers no separaba su vista de Emilia—que se lamentaba al comerciante de la carestía de la compra que le hacía—, presintiendo fácil empresa la de cojerla en sus redes.

Verla y apetecerla había sido un mismo gesto...

Por tal motivo, así que ella hubo abandonado el establecimiento, Chalmers preguntó al dueño:

—¿No sabe usted el nombre de esa señora?

—Lo ignoro... Es la primera vez que la veo.

¿Quién será? ¿Soltera? ¿Casada?—preguntábase Chalmers.

Fuere lo que fuere... bella era...

Más tarde, en casa de Chalmers, tenía lugar la cena con que él obsequiaba a sus amistades.

Entre los invitados contaba la señora Seabury, viuda simpática y amable, prototipo de la mujer buena, agradable y distinguida, dama de gran significación en la sociedad anglo-india.

De sobremesa, esta señora, acariciando sus palabras con la soberana sonrisa de sus labios, dijo a Chalmers, permitiéndose, sin doble intención alguna, por simple razón de hablar, hacerle esta indicación:

—Esta reunión dejará en nosotros un recuerdo gratísimo, pero se nota en ella una falta muy sensible...

—¿Cuál, señora?—inquirió Chalmers.

—...La de una deliciosa señora Chalmers que diera a esta casa perfumes de hogar.

—¡Ah!... ¡Quién sabe!...

Y a la mente del comisario acudió la visión de Emilia, la gentil desconocida, a quien admirara aquella misma tarde en la quincallería del lugar...

Después de la comida íntima en casa de Chalmers, los invitados se retiraron y uno de ellos, el doctor Bridges, persona muy respetable, se ofreció a acompañar hasta su casa a la señora Seabury, la cual aceptó de muy buen grado, complacida de la atención.

En casa de Gilberto se había celebrado sus cumpleaños en medio de la mayor felicidad.

La sorpresa que tuvo al ver los obsequios

que le hacía su esposa, fué verdaderamente extraordinaria. Gilberto no cabía de gozo y no cesaba de acariciar a su tesoro viviente.

Mas la fiesta de los amantes esposos no pudo terminarse con el mismo entusiasmo con que comenzó, pues Emilia, súbitamente sincopizada, necesitó con urgencia de los cuidados



—Esta reunión dejará en nosotros un recuerdo gratísimo, pero se nota en ella una falta muy sensible...

de un médico.

Gilberto corrió a la casa del doctor Bridges y, enterado de que había ido a cenar en la del comisario, se dirigió a ella a toda prisa, encontrando al galeno en camino, en su tilbury, con la señora Seabury.

—Dispéñeme que le detenga, doctor, de mo-

do tan apremiante... Se trata de mi esposa, que ha poco llegó a este lugar... Ha perdido el conocimiento y estoy alarmado... ¿Quiere usted tener la bondad de acudir a visitarla?

—Sin duda, amigo mío... Vamos... Señora...

—No es preciso que me acompañe usted antes de cumplir su sagrada obligación, doctor...



La sorpresa que tuvo al ver los obsequios que le hacía su esposa, fué verdaderamente extraordinaria.

Iré con usted... Tal vez pueda ser útil a esa señora...

Así, pues, los tres fueron al mismo punto con idéntico deseo: curar a la enferma.

En el hogar de los felices esposos, el velo de la angustia envolvía a seres y cosas.

El doctor auscultó a Emilia con detenimien-

to y tras de su observación, durante la cual aquélla tornó en sí, tomó aparte a Gilberto, mientras la señora Seabury prodigaba a la enferma cariñosas palabras de consuelo, y le dijo:

—No puedo responder de la salud de su esposa si permanece aquí. Necesita aire de montaña. ¿Por qué no la envía usted a Symbbla?

Gilberto ahogó en su garganta una dolorosa exclamación y curvó su cabeza sobre su pecho.

¡Cómo enviar a Emilia a veranear si lo esencial, el dinero, faltaba para hacerlo!

Terminada su misión, el doctor se marchó con la señora Seabury, y ésta dejó en el hogar de la dichosa pareja el perfume de su bondad, de su belleza y de su simpatía.

—Mi Emilia, niña amada, ¿te sientes mejor?

—inquirió amoroso, de su esposa, Gilberto.

—Sí... fué un ligero desmayo.

—El doctor quisiera que yo te mandase a la montaña... y yo no deseo otra cosa... pero... por ahora... a menos de un socorro...

—No te inquietes, Gilberto... No será nada... El cambio de clima me sorprendió... pero, tal vez ahora ya me haya acostumbrado...

Y la esperanza tranquilizó sus corazones...

Simultáneamente, en Kajra, agotado por la fiebre aniquiladora, Williams ofrecía su último y supremo sacrificio en presencia del Inspector Roberts, cuya emoción era cruenta.

Al día siguiente, la señora Seabury había organizado una reunión en su casa para mediados de aquella misma semana, e invitó a ella en justa reciprocidad, al comisario Chalmers, por medio de la siguiente carta:

...No puede usted figurarse cuanto necesita-

*mos nosotras, las mujeres de la colonia, estas reuniones semi-oficiales que compensan a nuestro espíritu de la triste soledad de la vida diaria.*

*Espero, pues, que no falte usted a mi fiesta de la tarde del jueves próximo.*

*Muy sinceramente,  
Ida Seabury.*

Decidido a procurar por todos los medios posibles que Emilia pudiera trasladarse a la montaña, a fortalecer su salud, Gilberto recurrió, como punto extremo, a su jefe, el comisario Chalmers, pidiéndole un anticipo a cubrir en breves meses con la retención de una parte de sus haberes.

—No puede, la administración pública, intervenir en estas operaciones —le contestó el comisario.—Lo siento, pero el reglamento es el reglamento.

—Está muy enferma, señor... Debo enviarla a la montaña y no tengo medios—insistió Gilberto.

—Ya me lo ha dicho usted antes... Es sensible... pero no puede ser.

Gilberto se lamentó para sí mismo de la dureza de corazón de Chalmers, que con sus riquezas se permitía todas las comodidades, y de regreso en su hogar compartió su pena con su gentil compañera.

Sin embargo, una inesperada demostración de simpatía vino a calmar en parte la contrariedad de Gilberto.

La señora Seabury, paseando en su cochecito delante de la casa del joven matrimonio, había llamado a Emilia para decirle:

—Recibo en casa el jueves y cuento con su asistencia. La distracción hará bien a su salud.

Gilberto, que siguió a su esposa para presentar sus respetos a la amable señora, agradeció a ésta el honor que dispensaba a Emilia invitándola a sus reuniones...

—Pero... es que no tengo qué ponerme, señora—confesó la invitada.

—Pocas galas necesita su cuerpo para adornarse... No obstante, si me lo permite, yo puedo poner a su disposición un vestido a propósito.

—Eso sería demasiado, señora...

—Le aseguro, amiga mía, que tendría un vivo placer en verla en mi casa... Es muy agradable simpatizar con alguien... y no es preciso que le diga cuanto agradecería su amistad.

—Oh, señora, muchas gracias...

—Entonces, hasta el jueves, amiga mía... Usted podrá trabajar con toda tranquilidad aquel día, señor Gilberto, confiándome a mí a su esposa... En mi casa será objeto de las mayores atenciones...

—Muy reconocido, señora.

Llegó el jueves.

Emilia asistió a la reunión de la señora Seabury, y, durante la fiesta, Chalmers la volvió a ver.

—¡Ella!—exclamó.—¿Quién debe ser?

Pronto lo iba a saber.

—Perdone, señora Seabury...—dijo a ésta.—No tengo el honor de conocer a esa dama... ¿Querría usted decirme quién es?

—Esa es la señora Thurstan... Su marido es oficial en el departamento de usted.

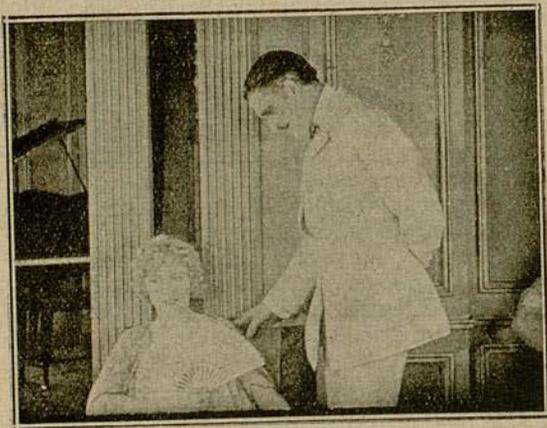
—¿Thurstan? ¡Ah, sí, en efecto, es un subalterno mío!

—Lo voy a presentar...

—Con mucho gusto.

Cumplido el consabido formulismo, Chalmers mostróse sumamente galante con Emilia.

—Conozco a su esposo, señora Thurstan... y



—Conozco a su esposo, señora Thurstan... y créame que le envidio desde este momento.

créame que le envidio desde este momento.

Tratándose del Jefe de Gilberto, Emilia fué muy amable con él... pero bien en contra de su deseo no pudo continuar en la reunión cuando apenas estaba ésta en su mitad. Se había reproducido en ella el desvanecimiento que sufriera días atrás en su casa.

Poco después, Emilia y Chalmers aparecían, en coche, ante Gilberto, frente a su casita, en cuya terraza él esperaba a su esposa, anhelante de tenerla a su lado.

Chalmers y su empleado se miraron fijamente... y aquél fué el primero en saludar, acompañando su gesto con una leve sonrisa de simpatía.

Gilberto correspondió, ocultando su lógico resentimiento con él y recibió a su esposa, que le dijo:

—No me sentía bien, querido Gilberto, y el señor Chalmers se ofreció amablemente a traerme en su coche.

Agradeció Gilberto a su jefe su fineza, y despidióse el comisario de los esposos.

Al quedar éstos solos, Gilberto estrechó a su dulce compañera con efusión, que ella atribuyó solamente al inmenso cariño que se profesaban...

Los mecanismos oficiales funcionan sin cesar. Si un diente de un engrane se inutiliza halla fácil y rápida substitución.

He aquí una prueba de tan dolorosa aserción:

—Williams es ya la tercera víctima en Kajra. ¡La fiebre no respeta la vida de ningún blanco! —informaba el inspector Roberts al Comisario, de regreso de aquella población.

—¿Williams ha muerto?

—He aquí su último informe... incompleto...

Chalmers reaccionó en seguida y contestó a Roberts que doblaría el sueldo del empleado que destinara allí.

—Doble sueldo no detendrá la obra destruc-

tora de la fiebre. Kajra será siempre la muerte para el que permanezca allí sin relevo—objetó el inspector.

—Bien está... Ya buscaré yo mismo alguna persona para la vacante de Williams.

—Pero señor...

—¡Puede retirarse!

\*  
\*  
\*

Decididamente, Emilia influía ya bastante en Chalmers, que la codiciaba.

¿Quién mejor que Gilberto, el esposo, o sea, en este caso, el *obstáculo*, para mandarlo a Kajra?

Aceptando esa idea, hizo llamar a Gilberto a su despacho y, frente a frente, le habló de la siguiente manera:

—Tengo un cargo vacante con triple haber del que usted percibe en la actualidad. Tal vez, teniendo en cuenta que su esposa necesita permanecer una temporada fuera de aquí, le interese a usted ganar mucho más para poder soportar ese gasto.

—Agradezco la oferta, señor, y, como usted

supone, mi nuevo sueldo me permitirá atenerme al consejo del doctor respecto al restablecimiento de mi esposa. Mas, ¿de qué cargo se trata?

—Es el de Magistrado residente en Kajra.

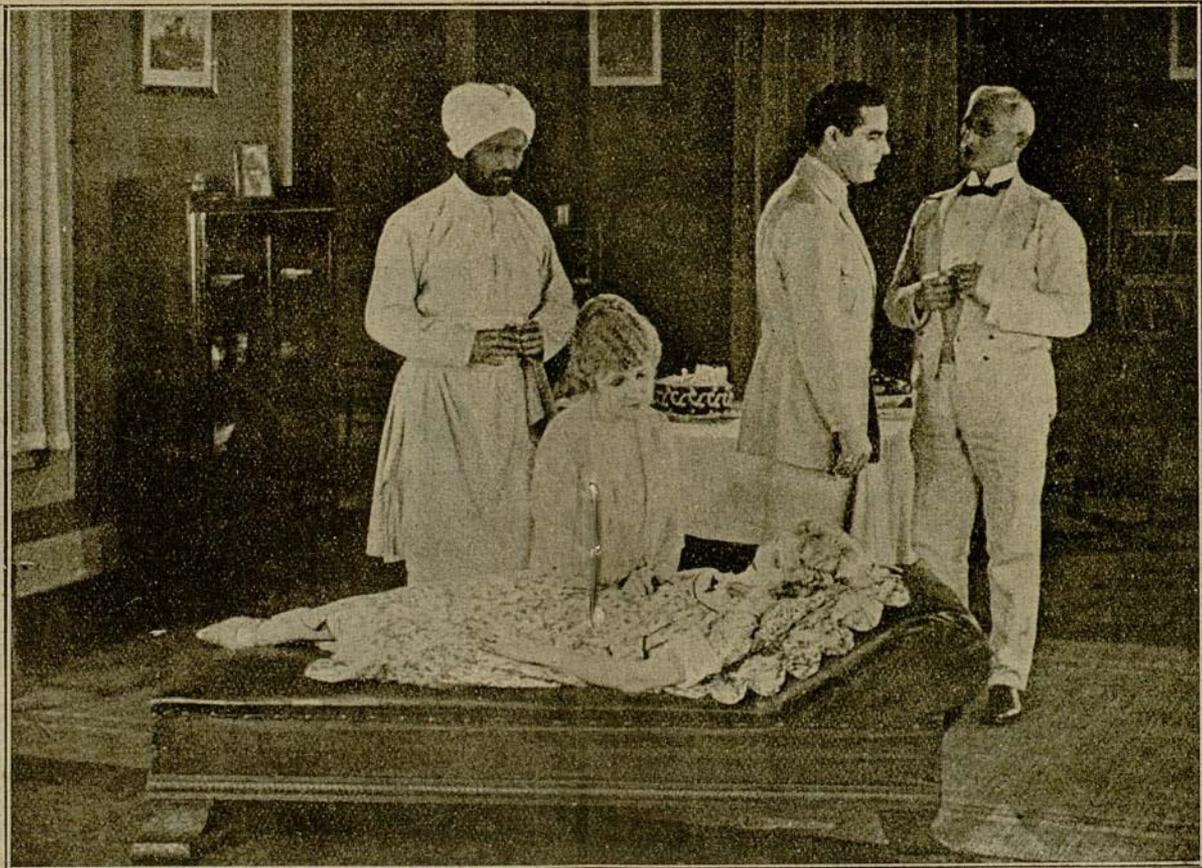
Gilberto tuvo un ligero estremecimiento al oír el nombre del distrito fatal para los feuro-



Tengo un cargo vacante con triple haber del que usted percibe en la actualidad...

peos, cuya insalubridad conocía perfectamente por el inspector Roberts, pero la salud de Emilia era lo principal y, fiando en su robusta constitución física, Gilberto adoptó una enérgica resolución: arriesgarse por la felicidad de su mujer.

Chalmers estaba satisfecho de su triunfo y,



—No puedo responder de la salud de su esposa si permanece aquí. Necesita aire de montaña...

para no dar tiempo a Gilberto de meditar mejor sobre la proposición aceptada que le había hecho, le indicó la urgente necesidad de que partiera al día siguiente.

En llegando a su casa, Gilberto comunicó a Emilia la noticia:

—El comisario me ha nombrado Magistrado en Kajra. ¡Ahora sí que puedo enviarte a Symbla!

—¿No me dijiste, Gilberto, que por nada del mundo aceptarías un cargo en tan peligroso terreno?

—Sí, lo dije, pero siempre se exagera... Además, yo renunciaré a ese cargo tan pronto estés tú restablecida por completo.

—Yo no puedo resignarme a estar lejos de ti, Gilberto. ¿Qué haría yo sola en Symbla?

La señora Seabury, que estaba con Emilia cuando llegó Gilberto, tomó parte en la conversación de ambos con su reconocida amabilidad.

—Yopaso el verano en Symbla todos los años. Me consagraré al cuidado de su esposa y se la devolveré sana y fuerte—dijo a Gilberto.

—¿No será abusar de su bondad, señora?...—contestó, agradecido, Gilberto.

—Emilia me quiere mucho y yo correspondo a su amistad con mi sincero cariño. Vamos a ser dos hermanas.

—¡Oh, gracias, señora!—exclamó Emilia mirando a la considerada dama.

Así las cosas, Gilberto tomó posesión de su nuevo empleo en Kajra, y Emilia se instaló en Symbla, en la casa de la señora Seabury.

—Temo hallarme aquí demasiado sola. Nada

me consolará de la ausencia de Gilberto—expuso Emilia a su amiga al llegar a la montaña.

—Si su marido se encuentra bien en donde está ahora, no tiene usted motivo de preocuparse. En cuanto a su estancia en este pintoresco lugar, ya verá que no le será desagradable. Aquí tendrá reposo su cuerpo y distracción su espíritu--le contestó la señora Seabury.

Y, en efecto, las cartas de Gilberto revelando bienestar, y el aire de la montaña barriendo sus temores, Emilia se sintió tranquila y relativamente feliz en Symbla.

Vicente Chalmers también había abierto su casa en Symbla para la temporada de verano; y, naturalmente, Emilia y la señora Seabury fueron las primeras personas que recibieron su visita para ofrecerles su residencia.

Luego menudearon las visitas y las invitaciones a tes y reuniones, acentuándose cada día más sus finezas para con Emilia...

En Kajra, Gilberto no podía, como sus antecesores en el cargo, sustraerse a la plaga que consumía las vidas de los europeos, pero en sus misivas amorosas a Emilia ocultaba el amargo secreto.

La amante esposa, ignorando la triste suerte que empezaba a iniciarse para Gilberto, gozaba en Symbla de las delicias del buen vivir. Bajo el patrocinio de la señora Seabury, había llegado a ser la favorita de la colonia. No había otra más elegante ni de más fina distinción... gracias a las «toilettes» de la agradable viuda y a su refinada escuela de educación.

Chalmers era en extremo atento con Emilia y la mandaba primorosos ramos de flores en

casa de la señora Seabury, tan a menudo, como frecuentes eran sus visitas, que la viuda comprendió, finalmente, el alcance de tanta delicadeza.

—¡Qué obsequioso es el comisario!— manifestó un día Emilia a su amiga, al recibir unas flores de Chalmers.

—¡Oh, sí... es mucha galantería la suya!...— repuso la señora Seabury con cierta intención que Emilia no acertó a explicarse.

Desde aquel día, la viuda prometióse vigilar al comisario en su hasta entonces encubierto «flirteo» con Emilia.

El inspector Roberts, amigo de Gilberto, hizo a éste una visita en Kajra, y como consecuencia de la misma mandó un apremiante telegrama a Chalmers en Symbbla, redactado como sigue:

*Thurstan decae por días acuerde inmediato traslado antes que fiebre se haga incurable esperando instrucciones*

*Inspector Roberts.*

Chalmers enteróse de este parte y dijo al empleado que se lo llevó:

—Este despacho no tendrá respuesta, al menos por ahora.

Mientras, en Kajra, la terrible dolencia debilitaba lentamente la vida de Gilberto Thurstan.

Chalmers releyó la noticia de la enfermedad del esposo de la mujer que estaba tratando de conquistar en Symbbla, y su pensamiento le anquilaba ya totalmente para conseguir más rápidamente, sin dificultad, su acariciado objeto.

Pero, de repente, el comisario sintió remor-

dimientos y a través de los mismos vió un lastimoso fantasma ¡acusador. Era Gilberto que le recriminaba, con las fuerzas que le restaban, su infame proceder.

—¡Miserable!—decía el espectro—¡Me mandaste fuera del mundo y no contento con robarme la vida, me robas aún mi tesoro! ¡Maldito seas!

Chalmers se abalanzó a la visión, y al rumor de la lucha que él sostenía consigo mismo acudió un servidor.

—¿Qué le sucede a vuestra excelencia?

Chalmers recobróse rápidamente y contestó evasivo:

—Nada... nada... Me dió algo... mas ya pasó...

El servidor retiróse convencido de que algo extraordinario le sucedía al comisario.

Impensadamente, la señora Seabury descubría, en tanto, un dulce secreto de Emilia, una promesa que latía en sus entrañas. ¡Una ropita de querubín!

—¡Oh, Emilia, qué calladita nos reservaba la sorpresa!

Emilia ruborizóse y contestó quedo, muy quedo:

—Hasta ahora... no tuve la certidumbre...

—¿No ha escrito usted a Gilberto anunciándole su próxima felicidad?

—No... Es que... no sé...

—¡Ah, vamos!... Se lo escribiremos las dos...

En Kajra, Gilberto, que no parecía el mismo, pues apenas le quedaban ya energías, hacía poner en libertad a un hombre acusado de un leve delito, del que se arrepentía, y su gesto fué censurado por el denunciante, un viejo antipático y endemoniado.

—¡Dhula Singh es un fanático, señor!—dijeron los servidores de Gilberto—. Si no os prevenís contra él, os dará más de un disgusto.

—¡Bah! Cumplo con mi deber a conciencia...

En Symbra, Emilia recibía una nueva carta de Gilberto, en la que éste se expresaba así, faltando, por no causarle a ella tristeza, a la realidad:

*Gozo de una salud excelente y sólo tengo que pensar en tí para juzgarme dichoso. Tu marido que te ama.*

*Gilberto.*

Emilia creyó en el bienestar de Gilberto y la señora Seabury no sospechaba tampoco, aunque algo pudiera sospechar, que aquellas letras velaban la tan horrorosa verdad.

Poco después de recibir Emilia la citada carta de su marido, la doncella de la señora Seabury anunció a ambos a Chalmers.

La viuda, considerando llegado el momento de avisar a la ingenua Emilia de hasta donde

debe llegar la amistad de una mujer casada con un galanteador atrevido, dijo a aquélla:

—Son ya demasiado marcadas las atenciones del señor Chalmers, querida amiga. ¿Cree usted que debe ir a pasear, sola con él, esta tarde?

Emilia, sin maliciar el sentido de la observación de su amiga, replicó:

—El comisario ha sido tan bueno para Gilberto que... la verdad, no me atrevo a negarme a su invitación de esta mañana.

Chalmers apareció en este momento.

Emilia retiróse a su habitación para componerse un poco.

Y, la viuda, a solas con Chalmers, le hizo, mirándole severamente, este reproche:

—Si Gilberto Thurstan conociera las intenciones de usted, ¿cree que le estaría tan agradecido por haberle enviado a Kajra, lejos de su esposa?

—Perdone usted, señora, que no conteste a esas palabras... En mis asuntos no admito consejos...

—No obstante, señor Chalmers, yo le he dado uno... y a un buen caballero corresponde seguirlo...

Emilia salió de su habitación monísima, vestida y con Chalmers, en su coche, se alejó hacia las afueras de la ciudad.

Durante el paseo, Chalmers fué más osado que nunca, y dió sobrado motivo a Emilia para que ésta comprendiese en toda su importancia las insinuaciones de la señora Seabury.

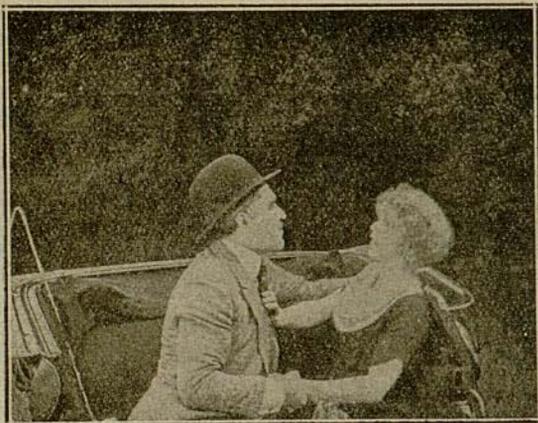
Chalmers, estimulado por su amor propio que tenía curiosidad por saber, definitivamente,

si Emilia correspondía a su pasión, la atrajo a sí e intentó, en vano, besarla.

Emilia le reconvinó acremente, ofendida:

—¡Usted se olvida de sí mismo, señor Chalmers! ¡Regresemos en el acto!

Chalmers, tal vez contenido por la presencia de un servidor que durante la escena anterior



—¡Usted se olvida de sí mismo, señor Chalmers! ¡Regresemos en el acto!

estuvo cortando flores para Emilia, oculto de ellos, no fué adelante en su empeño y fustigó nerviosamente su caballo en los flancos, para regresar cuanto antes.

De vuelta en su casa, Chalmers pensaba en su malaventura con Emilia, y a pesar de ella no perdía aún la esperanza de vencerla más

tarde o más temprano, a fuerza de persuasión.

Por su parte, Emilia tomaba la firme decisión de no aceptar más galanterías del falso caballero.

Aquel día, una misión humanitaria y noble llevó al inspector Roberts de Kajra a Symbla, quien solicitó entrevistarse inmediatamente con el comisario.

Conducido a presencia de éste, Roberts le manifestó:

—Thurstan debe ser relevado inmediatamente, señor... ¡Se está muriendo! ¿Qué decide usted?

Exasperado aún por la decepción con Emilia, Chalmers contestó sin diapasón:

—¿Y por qué me lo pregunta usted a mí? ¡Yo no puedo cambiar el clima de la India!

—¡Pero tiene usted amplios poderes para organizar los servicios públicos!

—¡Basta, inspector! ¡Puede usted retirarse!

Roberts obedeció a la fuerza pero no estaba dispuesto a callar. Por encima de Chalmers había, en Europa, otros jefes, y seguramente cualquiera de ellos exigiría responsabilidades al comisario sin consideración por sus subordinados.

Al salir del despacho de Chalmers, Roberts comentó con un amigo suyo:

—¡Sería un asesinato dejar allí a Thurstan! ¡Un verdadero asesinato!

—¿Está atacado por la fiebre?

—Sí, y de modo alarmante... Como el pobre Williams... Aun se le podría salvar, trasladándole sin demora... ¡pero Chalmers se niega a dar la orden!

Emilia sorprendió, desde una ventana de la casa de la señora Seabury, la conversación de los dos hombres, y con la angustia correspondiente en su alma dirigióse al encuentro del comisario cruel.

Chalmers, desconcertado al verse descubierta, contestó a las imprecaciones de Emilia:

—No hay motivo, señora, para alarmarse de tal modo.

—¡Usted le ha enviado allí para que muera!

—¿Por qué había de desear yo la muerte de su marido?

—Eso lo sabrá usted!

—¿No lo comprende aún? ¡Todo ha sido el amor que siento por usted!

—¡Oh! ¿Habla usted de su amor, que es pecado y da ese martirio a mi alma? Si es cierto que me ama... ¡sálvelo! ¡Yo voy a reunirme con él, con mi marido!

Y salió Emilia del despacho de Chalmers sofocada toda.

Y otra vez la conciencia que iba despertando en él, creaba a Chalmers fantasmas torturadores.

Hasta que reconoció, noblemente, su ignominiosa culpa.

Llamó a un servidor:

—¡Salgo en seguida para Kajra! ¡Dispónlo todo!—le ordenó.

Entretanto, Emilia decía a la señora Seabury:

—¡Voy hacia él, hacia mi único amor!

\*  
\*  
\*

Chalmers, con objeto de merecer el perdón de la mujer por quien estuvo a punto de cometer un verdadero crimen, escribió dos notas y las mandó a destino.

Decía la una:

*Inspector Roberts:*

*Prepárese para acompañarme a Kajra dentro de media hora. Entregue la carta que le incluyo a la señora Thurstan.*

*Chalmers.*

Y la otra.

*Apreciada señora Thurstan: Yo mismo voy a salvar a su marido. Bendiga mi viaje con su perdón.*

*Vicente Chalmers.*

Roberts, satisfecho del cambio de opinión del comisario, le obedeció fielmente y, al poco rato, partían éste, él, y Emilia y la señora Seabury, que no quiso separarse de ella en tan crítica situación.

Entretanto, en Kajra, los servidores de Gilberto escuchaban, con honda inquietud, los ruidos de indignación que levantaban en las masas populares las palabras del viejo Dhula Singh.

—¡Ese maldito blanco administra la justicia a ciegas! ¡Debemos arrojarlo de aquí! ¡Que no vuelva más a Kajra!—gritaba el fanático.

Gilberto, cuya vida consumíase sin remedio, leía el libro santo que fué también consuelo de los postreros instantes de Williams, y los versículos que devoraban sus ya inexpressivos ojos reflejaban en su mente los rostros de la esposa amada y del despótico comisario Chalmers.

Decía la Biblia:

*Bch. 4-5-7 Prov. n.º 2 = Y vino a suceder que David paseaba sobre el tejado de la casa del Rey. Y vió una mujer lavándose, y la mujer era muy bella, para ser más que admirada.*

*N.º 3 = Y David envió a preguntar por la mujer y uno dijo: ¿No es esa Bath-Sheba, la mujer de Uriach?*

*N.º 4 - Y David envió mensajeros y la llevaron.*

*Hab. n.º 2 - 15- Reb. 17 n.º 14 = Y David escribió una carta a Joab y la envió por mano de Uriach diciendo: «Pon a Uriach en la primera fila del frente, lo más recio de la batalla, que él pueda ser herido y morir.*

*Ps. 19 - 13- n.º 1 K n.º 15 = Y Joab asignó a Uriach un puesto en que él sabía que estaban los hombres valientes, y allí cayeron algunos de ellos, y Uriach murió también.*

*Heb. 13 - 4 n.º 27 = Y cuando el duelo fué pasado, David envió por ella y la hizo conducir a su casa, y ella vino a ser su mujer.*

Instintivamente, Gilberto ocultó su rostro en sus manos... y lloró.

¿Sería él el nuevo Uriach?

¡Oh, qué horrible duda se alzaba en su espíritu!

Viendo el mal cariz que tomaban las cosas,

para Gilberto, sus servidores fueron a avisarle, perseguidos por los amotinados:

—¡Dhula Singh planea un asesinato! ¡El señor debe huir! ¡Sus criados haremos frente a esa chusma rabiosa!

—¡Apartaos de mi paso!—ordenó Gilberto reuniendo el resto de sus fuerzas— ¡Es mi deber apaciguar a esa gente! ¡Yo solo haré frente a ellos!

Emilia y la señora Seabury se detuvieron en Sirabad, pueblo inmediato a Kajra, para pasar en él la noche, mientras Chalmers y Roberts siguieron cabalgando hacia donde estaba Gilberto.

Cuando los rebeldes llegaron frente a la casa del Magistrado, éste apareció en el umbral de la misma y los detuvo con un gesto solemne.

—¡Os han engañado, pueblo! —les gritó— Dhula Singh merece un castigo ejemplar por haber encendido sin causa alguna la locura de vuestro corazón. Los naturales de Kajra saben que nuestro Gobierno es su amigo, que siempre se les hará justicia. ¡Marchaos a vuestras casas y en paz!

Dhula Singh fué detenido por los servidores de Gilberto, y los amotinados se replegaron a sus hogares en el momento en que llegaban a Kajra el comisario general y Roberts, el inspector.

—¿Qué pasó?—preguntó a Gilberto el comisario, sosteniéndole para que no se desplomara rendido como estaba, al suelo.

Gilberto le refirió brevemente lo sucedido, y Chalmers le consoló:

—Animo, Thurstan... Su esposa le está esperando en Sirabad.

Luego, dirigiéndose a Roberts y a varios servidores, les aconsejó:

—Dense prisa con Thurstan. Es preciso que viva, para ocupar el puesto que se ha ganado en la Oficina Central. Yo me quedo aquí hasta



Emilia despertó al doliente...

que se encuentre un nuevo magistrado.

—¡¡Usted!!—exclamó Roberts.

—Sí, yo, Roberts... Yo no soy ni más ni menos hombre que los demás. Permaneceré en este puesto hasta que el Gobierno dicte órdenes mejores...

—¡He aquí un gesto admirarle, señor comisario!

Roberts partió con Thurstan hacia Sirabad, y llegaron a este pueblo momentos antes del amanecer.

Emilia despertó al doliente con sus apasionados y compasivos besos.

Roberts manifestó a Gilberto cariñosamente:

—Ahora se repondrá muy pronto, amigo Thurstan. Elogiemos, sin embargo, a Chalmers, que ha reconocido su culpa al enviar a europeos a Kajra, y se ha castigado a sí mismo, quedándose allí.

Emilia y la señora Seabury se cruzaron una mirada de inteligencia, e indudablemente el real remordimiento de Chalmers hizo desaparecer el desprecio que hasta entonces les había merecido.

\*  
\*\*

Algún tiempo después, la feliz pareja Emilia—Gilberto celebraba el primer cumpleaños de la dulce promesa—un hermoso bebé—que descubriera un día la señora Seabury que era su bondadosa madrina, y jamás el cielo les negó por un momento sus mejores dones de amor y ventura.

FIN

*(Prohibida la reproducción.)*

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

---

Próximo número:

EXTRAORDINARIO

**SABADO, 27 DE SEPTIEMBRE**

la extraordinaria producción de la  
Paramount Pictures

# El caballero sin tacha

gentilmente interpretada por

GLORIA SWANSON, MILTON  
SILLS y ALEC. B. FRANCIS

PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

SENTIMIENTO - EMOCION - INTERES

**64 páginas-Profusión de fotografías**

Postal fotografía: EARLE VILLIAMS

**Precio: 50 céntimos**

Compre usted este número el mismo

**SABADO, DIA 27**